

CAPITULO V.

En el que nuestro autor refiere su prision, el buen encuentro de un amigo que tuvo en ella, y la historia de este.



DESPUES de muchos debates que tuvimos sobre la materia antecedente, le dije á Januario. Ultimamente, hermano, yo te acompañaré á cuanto tú quieras como no sea á robar; porque á la verdad, no me estira ese oficio; y ántes quisiera quitarte de la cabeza tal tontera.

Januario me agradeció mi cariño; pero me dijo que si yo no queria acompañarlo, que me quedara; pero que le guardara al secreto, porque él estaba resuelto á salir de miserias aquella noche, topára en lo que topára: que si la cosa se hacia sin escándalo, segun tenian pensado él y el Pípilo, á otro dia me traeria un capote mejor que el que me habia jugado, y no tendríamos necesidades.

Yo le prometí guardarle el mas riguroso silencio, dándole las gracias por su oferta y repitiéndole mis consejos con mis súplicas; pero nada bastó á detenerlo. Al irse me abrazó, y me puso al cuello un rosario diciéndome: por si tal vez por un accidente no nos viéremos, ponte este rosarito para que te acuerdes de mí. Con esto se marchó, y yo me quedé llorando; porque lo queria, á pesar de conocer que era un pícaro. No sé que tiene la comunicacion contraida y mantenida desde muchachos que engendra un cariño de hermanos.

Fuese mi amigo, y yo pasé tristísimo lo restante de la tarde sintiendo su abandono y temiendo una funesta desgracia. A las nueve de la noche no cabia yo en mí, estrañando al compañero: y al modo de los enamorados me salí á rondarlo por aquella calle donde me dijo que vivia la viuda.

Embutido en una puerta y oculto á la merced del poco alum-

brado de la calle, observé que como á las diez y media llegaron á la casa destinada al robo dos bultos, que al momento conocí eran Januario y el Pípilo: abrieron con mucho silencio: emparejaron la puerta, y yo me fuí con disimulo á encender un cigarro en la vela del farol del sereno que estaba sentado en la esquina.

Luego que llegué lo saludé con mucha cortesía: él me correspondió con la misma, le dí cigarro, encendí el mio: y apenas empezaba yo á enredar conversacion con él esperando el resultado de mi amigo; cuando oimos abrir un balcon y dar unos gritos terribles á una muchacha que sin duda fué la criada de la viuda: *Señor sereno, señor guarda, ladrones: corra vd. por Dios que nos matan.*

Así gritaba la muchacha; pero muy seguido y muy recio. El guarda luego, luego se levantó: chifló lo mejor que pudo, y echó unas cuantas bendiciones con su farol en medio de las bocas calles para llamar á sus compañeros, y me dijo, amigo, deme vd. auxilio, tome mi farol y vamos.

Cogí el farol, y él se terció su capotito y enarboló su chuzo; pero mientras hizo estas diligencias se escaparon los ladrones. El Pípilo, á quien conocí por su sombrero blanco, pasó casi junto á mí, y por mas que corrió el sereno y yo (que tambien hice que corria) fué incapaz darle alcance porque le nacieron alas en los pies. No le valió al sereno gritar, *atájenlo, atájenlo*, pues aquellas calles son poco acompañadas de noche y no habia muchos atajadores.

Ello es que el Pípilo se escapó, y con menos susto Januario que tomó por la otra boca calle, por donde no hubo sereno ni quien lo molestara para nada.

Entre tanto, llegaron otros dos guardas, y casi tras ellos una patrulla. La muchacha todavia no cesaba de dar gritos en el balcon, pidiendo *un padre*, asegurando que habian matado á su ama. A sus voces acudimos todos y entramos en la casa.

Lo primero que encontramos fué á la dicha muchacha llorando en el corredor, diciéndonos ¡ay señores! un padre y un médico, que ya mataron á mi ama esos indignos.

El sargento de la patrulla con dos soldados, los serenos y yo, que no dejaba el farol de la mano, entramos á la recámara donde estaba la señora tirada en su cama, la cual estaba llena de sangre y ella sin dar muestras de vida.

La vista horrorosa de aquel espectáculo sorprendió á todos, y á mí me llenó de susto y de lástima; de susto, por el riesgo que corría Juanuario si lo llegaban á descubrir, y de lástima, considerando la injusticia con que habian sacrificado aquella víctima inocente á su codicia.

A poco rato llegaron casi juutos el médico y el confesor, á quienes fué á llamar un soldado por orden del sargento luego que este desde la calle oyó los gritos de la muchacha.

En cuanto llegaron, se acercó el sacerdote á la cama, y viendo que ni por moverla, ni por hablarla se movia, la absolvió bajo de condicion, y se retiró á un lado.

Entónces se acercó el médico, y como mas práctico advirtió que estaba privada y que aquella sangre era un achaque mugeril. Salímonos á la sala ya consolados de que no era la desgracia que se pensaba, mientras entre el médico y la moza curaron caseramente á la enferma.

Concluida esta diligencia y vuelta en sí del desmayo, llamó el sargento á la criada para que viera lo que faltaba en la casa. Ella la registró toda, y dijo que no faltaba mas que el cubierto con que estaba cenando su ama, y el hilito de perlas que tenia en el cuello; porque luego que uno de los ladrones cargó con ella para la cama, el otro se embolsó el cubierto; y sin ser bastante ó sin advertir á detener á la que daba esta razon, salió al balcon y comenzó á gritar al sereno, á cuyos gritos no hicieron los ladrones mas que salirse á la calle corriendo.

Yo estaba con el farol en la mano, desembozado el zarape y

con aquella serenidad que infunde la inocencia; pero la malvada moza, mientras estaba dando esta razon, no me quitaba un instante la vista, repasándome de arriba á bajo. Yo lo advertí, pero no se me daba nada, atribuyéndolo á que no le parecia muy malote.

Preguntóle el sargento ¿si conocia á alguno de los ladrones? y ella respondió: sí señor, conozco á uno que se llama señor Juanuario, y le dicen por mal nombre Juan Largo, y no sale de este truquito de aquí á la vuelta, y este señor lo ha de conocer mejor que yo. A ese tiempo me señaló, y yo me quedé mortal, como suelen decir. El sargento advirtió mi turbacion y me dijo: sí amigo, la muchacha tiene razon sin duda. Vd. se ha inmutado demasiado, y la misma culpa lo está acusando. ¿Vd. será quizá el sereno de esta calle? No señor, le dije yo; ántes cuando la señora salió al balcon á gritar, estaba yo chupando un cigarro con el sereno, y nosotros fuimos los primeros que venimos á dar el auxilio. Que lo diga el señor.

Entónces el sereno confirmó mi verdad; pero el sargento en vez de convencerse, prosiguió: sí, sí; tan buena maula será vd. como el sereno. ¿Serenos? ¡ah! ahorcados los vea yo á todos por alcahuetes de los ladrones; si estos no tuvieran las espaldas seguras con vdes. si vdes. no se emborracharan, ó se durmieran, ó se alejaran de sus puestos, era imposible que hubiera tantos robos.

El sereno se apuraba y juraba atestiguando conmigo que no estaba retirado ni durmiendo; pero el sargento no le hizo caso: sino que preguntó á la muchacha ¡y tú, hija, en qué te fundas para asegurar que este conoce al ladrón? ¡Ay señor! dijo la muchacha: en mucho, en mucho. Mire su *mercé*, ese *zarape* que tiene el señor, es el mismo del señor Juan Largo que yo lo conozco bien, como que cuando salia á la tienda ó á la plaza no mas me andaba atajando, por señas que ese rosario que tiene el señor es mio, que ayer me agarró ese pícaro del

desgote de la camisa y del rosario, y me queria meter en un zaguan, y yo estiré y me safé y hasta se rompió la camisa, mire su *mercé*, y mi rosario se le quedó en la mano y se reventó: por señas que ha de estar *añidido* y le han de faltar cuentas, y es el cordon nuevecito, es de cuatro y de seda rosada y verde, y en esa bolsita que tiene, ha de tener dos estampitas, una de mi amo Sr. San Andrés Avelino, y otra de Santa Rosalia.

Frio me quedé yo con tanta seña de la maldita moza, considerando que nada podia ser mentira, como que el rosario habia venido por mano de Januario, y ya él me habia contado la aficion que le tenia.

El sargento me lo hizo quitar; descosió la bolsita, y dicho y hecho; al pie de la letra estaba todo conforme habia declarado la muchacha. No fué menester mas averiguacion. Al instante me trincaron codo con codo con un portafusil, sin valer mis juramentos ni alegatos, pues á todos ellos contestó el sargento: bien, mañana se sabrá como está eso.

Con esto me bajaron la escalera, y la moza bajó tambien á cerrar la puerta, y viendo que no podia meter la llave, advirtió que el embarazo era la ganzúa que habian dejado en la cha-pa. La quitó y se la entregó al sargento. Cerró su puerta y á mí me llevaron al vivac principal.

Luego que me entraron á aquella guardia, preguntaron sus soldados á mis conductores, ¿que por qué me llevaban? Y ellos respondieron que por *cuchara*, esto es, por ladron. Los preguntones me echaron mil tales, y como que se alegraron de que hubiera yo caido, á modo que fueran ellos muy hombres de bien. Escribieron no sé qué cosa, y se marcharon; pero al despedirse dijo el sargento á su *compañero*: tenga vd. cuidado con ese, que es reo de consecuencia.

No bien oyó el sargento de la guardia tal recomendacion, cuando me mandó poner en el cepo de las dos patas.

La patruya se fué: los soldados se volvieron á encoger en su tarima: el centinela se quedó dando el *quien vive* á cuantos pasaban, y yo me quedé batallando con el dolor del cepo, el molimiento del envigado, una multitud de chinches y pulgas que me cercaron, y lo peor de todo, un confuso tropel de pensamientos tristes que me acometieron derepente.

Ya se deja entender qué noche pasaria yo. No pude pegar los ojos en toda ella, considerando el terrible y vergonzoso estado á que me veia reducido sin comerla ni beberla, solo por haber conservado la amistad de un pícaro *.

Amaneció por fin: se tocó la diana: se levantaron los soldados echando votos, como acostumbran, y cuando llegó la hora de dar el parte, lo despacharon al Mayor de Plaza, y á mí amarrado como un cohete entre los soldados para la cárcel de córte.

Luego que entré del boquete al patio tocaron una campana, que segun me dijeron despues, era diligencia que se hacia con todos los presos, para que el alcaide y los guardianes de arriba estuviesen sobre aviso de que habia preso nuevo.

En efecto; á poco rato oí que comenzó uno á gritar: *ese nuevo, ese nuevo para arriba*. Advirtiéronme los compañeros que á mí me llamaban, y el presidente que era un hombre gordo con un chirrion amarrado en la cintura, me llevó arriba, y me metió en una sala larga, donde en una mesita estaba el alcaide, quien me preguntó ¿cómo me llamaba, de donde era, y quien me habia traído preso? Yo por no manchar mi generacion dije que me llamaba *Sancho Perez*, que era natural de Ixtlahuaca, y que me habian traído unos soldados del Principal.

* A muchos les sucede lo mismo, y no enmiendan á los jóvenes estos ejemplos. El amigo bueno se debe conservar á toda costa; y el malo se debe huir luego que se conoce: porque mas vale andar solo &c.

Apuntaron todo esto en un libro, y me despacharon. Luego que bajé me cobró el presidente dos y medio, y no sé cuanto de *patente*. Yo que ignoraba aquel idioma, le dije que no queria asentarme en ninguna cofradia en aquella casa, y así, que no necesitaba de patente. El comitre maldito, que pensó que me burlaba de él, me dió un bofeton que me hizo escupir sangre, diciéndome: so tal, (y me lo encajó), nadie se mofa de mí, ni los hombres, *continás* un mocoso. La patente se le pide; y si no quieres pagarla, harás la limpieza, so cucharero. Diciendo esto se fué, y me dejó, pero me dejó en un mar de aflicciones.

Habia en aquel patio un millon de presos. Unos blancos, otros prietos: unos medio vestidos, otros decentes: unos empletados, otros enredados en sus pichas; pero todos pálidos, y pintada su tristeza y su desesperacion en los macilentos colores de sus caras.

Sin embargo, parece que nada se les daba de aquella vida; porque unos jugaban albuere: otros saltaban con los grillos: otros cantaban: otros tejian medias y puntas: otros platicaban, y cada cual procuraba divertirse; menos unos cuantos mas fizgones que se rodearon de mí á indagar cual era el motivo de mi prision.

Yo les contesté ingenuamente, y así que me oyeron, se separaron riendo, y en un momento ya me conocian entre todos por *cuchara*.

Nadie me consolaba, y todo el interes que manifestaron por saber la causa de mi arresto fué una simple curiosidad. Pero para que se vea que en el peor lugar del mundo hay hombres buenos, atended.

Entre los que escucharon el exámen que me hacian los presos fizgones, estaba un hombre como de cuarenta años, blanco y no de mala presencia, vestido con sola su camisa, unos calzones de pana azul, una manga morada, botas de campo, ó

campaneras, como llamamos, zapatos abotinados y sombrero blanco tendido. Este, luego que me dejaron solo, se acercó á mí, y con una afabilidad nueva para mí en aquellos lugares, me dijo: amiguito, ¿gusta vd. de un cigarro? Y me lo dió sentándose junto á mí. Yo lo tomé agradeciéndole su comedimiento, y él me instó para que fuera á su calabozo á almorzar de lo que tenia. Torné á manifestarle mi gratitud y me fuí con él.

Luego que llegamos á su departamento, descolgó un *tompeate* que tenia en la pared, sacó un *trusco* * de queso y una torta de pan, y lo puso en mis manos diciéndome: la posada no puede ser peor, ni hay cosa mejor que ofrecerle á vd.; pero ¿qué hemos de hacer? Comamos esto poco que Dios nos da, estimando vd. mi afecto, y no el agasajo; porque éste es bastante corto y grosero.

Yo me admiraba de escuchar unos comedimientos semejantes, á un hombre, al parecer tan ordinario, y entre asombrado y enternecido le dije: le doy á vd. infinitas gracias, señor, no tanto por el agasajo que me hace, cuanto por el interes que manifiesta en mi desgraciada suerte. A la verdad que estoy atónito, y no acabo de persuadirme cómo puede hallarse un hombre de bien, como vd. debe ser, en estos horribles lugares, depósitos de la iniquidad y de la malicia.

El buen amigo me contestó: es cierto que las cárceles son destinadas para asegurar en ella á los pícaros y delinquentes; pero algunas veces otros mas pícaros y mas poderosos se valen de ellas para oprimir á los inocentes, imputándoles delitos que no han cometido, y regularmente lo consiguen á costa de sus cábalas y artificios, engañando la integridad de los jueces mas vigilantes; pero segun el dictamen de vd. sin duda yo me he engañado en el mio.

* *Trosco*, ó *trusco*. Voz corrompida que usa la gente vulgar en vez de trozo, sino es sincopada de trocisco.—E.

¿Pues cuál es el de vd? Le dije. El mio, me contestó, es el que acabo de decir, esto es: que aunque el instituto de las cárceles sea asegurar delincuentes, la malicia de los hombres sabe torcer este fin, y hacer que sirvan para privar de su libertad á los hombres de bien en muchos casos, de lo que tenemos abundancia de ejemplares, que nos eximen de mas pruebas.

Conforme á este mi parecer y no sé por qué particular simpatía me compadeció vd. luego que vi el mal tratamiento que le hizo el presidente, y formé idea de que era vd. un hombre de bien, y que tal vez lo habia sepultado en estas mazmorras algun enemigo poderoso como á mí; mas ya vd. me ha hecho variar de pensamiento, pues créa que en las cárceles no puede haber sino reos criminales, y así me persuado ahora que vd. como jóven sin esperiencia habrá delinquido mas por miseria humana que por malicia; pero cuando así sea, hijo mio, no crea vd. que me escandalizo, ni menos que lo dejo de amar y de compadecer; porque en el hombre se debe aborrecer el vicio, pero nunca la persona. Por tanto, pídale vd. licencia al presidente para venirse á este calabozo, y si le tiene miedo, yo se la pediré y pondrá vd. su cama, cuando se la traigan, junto á la mia, así para servirse de mí en lo poco que sea útil, como para que se libre de las mofas de los demás presos, que como gente muy vulgar, sin principios ni educacion alguna, se entretienen siempre burlándose con los pobres nuevos que vienen á ser inquilinos de estas cuadras.

Yo le retorné mis agradecimientos, añadiendo: no puedo menos que considerar en vd. un hombre muy sensible y muy de bien, ó mas propiamente, un génio bienhechor que se digna dedicarse á ser mi ángel tutelar en el desamparo en que me hallo, y me he avergonzado de haberme explicado con tanta necedad, que pude persuadir á vd. que creia que cuantos están en las cárceles son pícaros, pues ciertamente cuando vd.

no fuera una de las exepciones de esta regia, yo mismo soy una prueba contraria al mal juicio que habia formado de las cárceles....

Segun eso, interrumpió el amigo, ¿vd. no ha venido aquí por ningun delito? Ya se ve que no, dije, y en seguida le conté punto por punto mi vida y milagros hasta la época infeliz de mi prision.

El compañero me atendió con mucha cortesía, y luego que hube concluido, me dijo: amigo: la sencillez con que vd. me ha referido sus aventuras, me confirma en el primer concepto que hice luego que lo ví; esto es, que vd. era un mozo bien nacido, y que habia venido por una desgracia imprevista; aunque es constante que no padece sin delito. No robó ni cooperó al robo; pero ¡ay amigo! tiene vd. sobre sí las lágrimas que arrancó á su madre, y tal vez la muerte que probablemente le anticipó con sus extravíos, y los delitos que se cometen contra los padres claman al cielo por la venganza. Por ahora no hay mas que conocer esta verdad, arrepentirse y confiar en la divina Providencia que aun cuando castiga, siempre dirige sus decretos á nuestro bien.

Por lo que toca á mí, ya le dije, cuente con un amigo y con mis infelices arbitrios, que los emplearé gustosísimo en servirlo.

Por tercera vez le dí las gracias conociendo que su oferta no era de boca, como las que se usan comunmente; y picándome la curiosidad de saber quien seria aquel hombre amable, no pude contenerme, sino que con pocos circunloquios le supliqué me hiciera el favor de imponerme de sus infortunios. A lo que él me contestó con mucho agrado diciéndome: D. Pedro: cuando no fuera por corresponder á la confianza que vd. ha usado conmigo, contándome sus tragedias, haria de buena gana lo que me suplica, porque es sabido y cierto que las penas comunicadas cuando no sanan se alivian. En esta inteligencia,

ha de saber vd., que yo me llamo Antonio Sanchez: mis padres fueron de buena cuna, y arreglada conducta, y ambos tuvieron un florido capital, del que yo habria disfrutado si la Providencia no me hubiera destinado á padecer desde que ví la luz primera; bien que no me quejo de mi suerte cuando recuerdo mis desgracias, pues seria un blasfemo si hablara con resentimiento de un Dios que me ama infinitamente mas que yo mismo, y quien infaliblemente todo lo dispone para mi beneficio; pero solo en tono de la relacion de mi vida digo: que desde que nací fui desgraciado, porque mi madre murió en el momento que salí de sus entrañas, y ya se sabe que esta horfandad desde el nacimiento acarrea una larga série de fatalidades á los que hemos tenido esta desventura.

Mi buen padre no perdonó fatiga, gasto ni cuidado para suplir esta falta; y así entre nodrizas, ayas y criadas pasé mi puerilidad con aquella alegría propia de la edad, sin dejar de aprender aquellos principios de religion, urbanidad y primeras letras, en que no se descuido de instruirme mi amante padre, con aquel esmero y cariño con que se tratan por los buenos padres los primeros y únicos hijos.

Quince años contaba yo cuando el mio me puso en el colegio, donde permanecí tres muy contento y lleno de inocentes satisfacciones, que se me acabaron con el fallecimiento de su merced, quedando bajo la tutela del albacea, cuyo nombre dejo en silencio por no descubrir enteramente al autor de mis desgracias. Ya vd. conocerá por esta espresion que mi albacea en poco tiempo concluyó con mis bienes, dejándome en las garras de la indigencia, y cuando ya no tuvo que hacer, se fugó de Orizava, de donde soy natural, sin dejarme siquiera recomendado á su corresponsal que tenia en México.

Este luego que supo su ausencia y el funesto motivo que la habia ocasionado, fué al colegio, borró colegiatura, me llevó á su casa, me impuso de mi triste situacion, concluyendo con

decirme, que él era un pobre cargado de familia, que se compadecia de mi desgracia; pero que no podia hacerse cargo de mí, y así que solicitara la proteccion de mis parientes, y viera lo que hacia.

Considere vd. que tal me quedaria con semejante noticia. Tenia entonces diez y ocho años y ninguna esperiencia; pero por especial favor de Dios ni habia contraído ningun vicio vergonzoso ni pensaba á lo muchacho; y así le dije, que dentro de ocho dias resolveria lo que habia de hacer y le avisaria.

En el momento fui á ver á un estudiante pobre y hombre de bien, á quien despues de contarle mis desgracias, le encargué que me vendiese mi cama, libros, manto, turca, reloj, y cuanto consideré que podia valer algo.

En efecto, mi amigo hizo la diligencia con eficacia y prontitud, y al segundo dia me trajo ciento y pico de pesos. Le di su gratificacion, y cambié la mayor parte en oro, comprando con el resto una manga y unas botas semiviejas.

Hecha esta diligencia, fui á los mesones á buscar un pasajero que estuviera de viage para mi tierra. Por fortuna no fué vana mi solicitud; hallé un arriero que iba á llevar cigarros y traer tabaco, y por diez pesos ajusté con él mi marcha. Entónces avisé mi determinacion al corresponsal de mi albacea, quien me la aprobó, y despidiéndome de él y de su familia, me fui al meson y á los dos dias partimos para Orizava.

No me pareció este viage como los anteriores que habia hecho por el mismo camino cuando iba á vacaciones, especialmente en vida del señor mi padre; mas era otro tiempo y era forzoso acomodarme á las circunstancias.

Llegué por fin á la espresada Villa sin novedad, y recelando algun despego en uno que otro pariente que tenia acomodado, determiné ir á apear me en casa de unas tias viejas que conocia me amaban, y no se desdeñarian de hospedarme.

No salió falso mi modo de pensar; porque luego que me vie-

ron las pobrecillas comenzaron á llorar, como que sabian primero que yo mis infortunios, me abrazaron y me internaron á la casita, asegurándome que la mirara como mia.

Les manifesté mi gratitud lo mejor que pude, diciéndoles, pensaba en acomodarme en alguna tienda, hacienda ó cosa semejante para comenzar á aprender á ganar el pan con el sudor de mi frente, que era ya lo único á que podia aspirar.

Las benditas viejas se enternecian con estas cosas, y yo redoblaba mis agradecimientos á sus sentimientos expresivos.

Seis dias contaba yo de hospedage en su casa, cuando una tarde entró en ella un señor muy decente á quien yo no conocia, y mis tias trataban con confianza, porque le lavaban y cosian su ropa cuando transitaba por allí, y valiéndose de su comunicacion le dijeron: señor D. Francisco, ¿conoce vd. á este niño? Señalándome. El caballero dijo que no, y ellas añadieron, es nuestro sobrino Antoñito el hijo de su amigo de vd. nuestro difunto D. Lorenzo Sanchez, que en paz descanze.

¿Es posible, dijo el caballero, que este jóven desgraciado es el hijo de mi amigo? ¿Y qué hace aquí, en este traje tan indecente? ¿No estaba en el colegio? Sí señor, respondieron mis tias; pero como su albacea echó por ahí todo su patrimonio, se halla el pobrecillo reducido á buscar en que ganar la vida con su trabajo, y mientras, se ha venido con nosotras.

Ya tenia yo noticia de la fechoria de ese bribon, dijo el caballero, pero no lo queria creer. ¿Y qué, amiguito, nada le dejó á vd? Nada señor, le contesté, de suerte que para poder trasladarme á esta Villa tuve que vender manto, cama, libros y otras frioleras.

¡Válgame Dios! ¡pobre jóven! prosiguió el D. Francisco. ¡Ah pícaros, pícaros albaceas, que tan mal desempeñais los encargos de los testadores, enriqueciendoos con lo ageno, y dejando por puertas á los miserables pupilos!

Amiguito, no se desanime vd. sea hombre de bien, que no

todos los que tienen que comer han heredado; así como las horcas no suspenden á cuantos ladrones hay, que si así lo hicieran, no se pasearan riendo tantos albaceas ladrones que hay como el de su padre de vd. ¿Sabe vd. escribir razonablemente? Señor, le dije, verá vd. mi letra, y en seguida escribí en un papel no sé qué.

Le gustó mucho mi letra, y me examinó en cuentas, y viendo que sabia alguna cosa, me propuso que si queria irme con él á tierra adentro, donde tenia una hacienda y tienda, que me daria quince pesos cada mes el primer año, mientras me adiestraba, á mas de plato y ropa limpia.

Yo ví el cielo abierto con semejante destino, que entónces me pareció inmejorable, como que no tenia ninguno, ni esperanza de lograrlo; y así admití al instante, dándole yo y mis tias muchas gracias.

El caballero debia partir al dia siguiente á su destino; y así me dijo que desde aquella hora corria yo por su cuenta, que me despidiera de mis tias, y me fuera con él á su posada.

Resolví hacerlo así, y saqué de la faldriquera cuatro onzas de oro que me habian quedado de la realizacion de mis haberes, dándole tres de ellas á mis tias que no querian admitir, por mas que yo porfiaba en que las recibieran, asegurándolas que no las habia reservado con otro objeto que el dárselas luego que me acomodara, que ya habia llegado ese caso, y de consiguiente el de que yo les manifestara mi gratitud.

Con todo esto rehusaban mis tias el admitirlas, hasta que mi amo (que ya es menester nombrarlo así) les dijo que las recibieran, pues yo á su lado nada necesitaria.

Tomáronlas, por fin, y despedímonos entre lágrimas, abrazos y propósito de escribirnos. A otro dia salimos de Orizava, y al mes y dias llegamos á Zacatecas donde estaba la ubicacion de mi amo.

Antes de ponerme en su tienda hizo llamar al sastre y á la

costurera, y con la mayor presteza se me hizo ropa blanca y de color, ordinaria y de gala, comprándoseme cama, baúl y todo lo necesario.

Yo estaba contento pero azorado al ver su munificencia, considerando que segun lo que habia gastado en mí y mi ruin sueldo de quince pesos, ya estaba yo vendido por cuatro ó cinco años cuando menos.

Ya habilitado de esta suerte y recomendándome con el título de su ahijado, me entregó en la tienda á disposicion del cajero mayor.

No acabaria, si circunstanciadamente quisiera contar á vd. los favores que le debí á este mi nuevo padre, pues así lo amaba, y él me quiso como á hijo; porque era viudo y no tuvo sucesion. Baste decir á vd. que en doce años que viví con él, me apliqué tanto, trabajé con tal teson y fidelidad, y le gané de tal modo la voluntad, que yo fuí no solo el cajero mayor y el árbitro de sus confianzas, sino que llenaba la boca llamándome hijo, y yo le correspondia tratándolo de padre.

Pero como los bienes de esta vida no permanecen, llegó el tiempo de que se me acabara el poco que habia logrado de descanso.

Un sugeto á quien habia fiado en la administracion de real hacienda, quebró y cubrió mi amo esta falta con la mayor parte de sus intereses, y á seguida le acometió una terrible fiebre de la que falleció al cabo de quince dias, dejándome lleno de dolor, que procuraba desahogar en vano con mis lágrimas las que no enjugué en mucho tiempo, sin embargo de verme heredero de todo cuanto le habia quedado, que despues de realizado se redujo á ocho mil pesos.

Traté de separarme de aquella tierra, así para no tener á la vista objetos que me renovasen cada dia el sentimiento de su falta, como para atender y recoger á una de mis pobres tías que habia quedado.

Con esta determinacion me hice de una libranza para Veracruz, y marché con dos mozos y mi equipage para mi tierra. Llegué en pocos dias, tomé una casa, la equipé, y á la primera visita que hice á mi bienhechora tia me la llevé á ella.

Fuí despues á Veracruz, emplee mis medicillos y me dediqué á la viandancia, en la que no me fué mal, pues en seis años ya mi capitalito ascendia á veinte mil pesos.

La que llaman fortuna parece que se cansaba pronto de serme favorable. Contraje amistad estrecha con dos comerciantes ricos de Veracruz, y estos me propusieron que si queria entrar á la parte con ellos en cierta negociacion de un contrabando interesante que estaba á bordo de la fragata Anfritre. Para esto me mostraron las facturas originales de Cádiz, sobre cuyos precios designaba el dueño para sí una muy corta utilidad, pues siendo todos los efectos ingleses, escogidos y comprados tambien por alto, el interesado se contentaba con un quince por ciento; pero con la condicion de que antes de desembarcarlos, se debia poner el dinero en su poder, siendo el desembarque de cuenta y riesgo de los compradores.

Yo me mosqué un poco con tal condicion, pero los compañeros me animaron, asegurándome que eso era lo de menos, pues ya estaban comprados los guardas: que una noche se verificaria el desembarco por la costa en dos botes ó lanchas del mismo puerto.

Como la codicia agitada por el interes atropella por todo, fácilmente convine con mis camaradas, creyendo hacerme de un principal respetable en dos meses.

Con esta resolucion procuré realizar cuanto tenia, y puse mi plata en poder de mis amigos, quienes celebraron el trato con el marino, poniendo todo el importe de la memoria á su disposicion.

Todo estaba facilitado para desembarcar seguramente el contrabando, y se hubiera verificado, si uno de los mismos

guardas comprados no hubiera hecho una de las suyas, dando al vireinato la mas cabal y circunstanciada noticia del desembarque clandestino, con cuya diligencia se tomaron contra nosotros las precauciones y providencias que exigia el caso, de modo que cuando lo supimos, fué cuando el cargamento estaba en tierra y decomisado.

No nos valió diligencia para rescatarlo, y tomamos escapar las personas. Yo era de los tres el mas pobre, y sin duda el mas codicioso; porque invertí todo mi capital en la negociacion, por cuya razon lo perdí todo.

Cáteme vd. de la noche á la mañana sin blanca, y perdido en una hora todo lo que habia adquirido en diez y ocho años de trabajo.

Poco faltó para desesperarme, y mas cuando murió la pobre de mi tia, que no pudo resistir este golpe; pero en fin, procuré hacer como dicen, de tripas corazon, y vendiendo lo poco que me quedó, y cobrando algunos picos que me debian, me junté con cerca de dos mil pesos, y con ellos comencé de nuevo á trabajar; pero ya con tan poco puntero lo mas que hacia era mantenerme.

En este tiempo (¡locuras de los hombres!) en este tiempo se me antojó casarme, y de hecho lo verifiqué con una niña de la Villa de Jalapa, quien á una cara peregrina, reunia una bella índole y un corazon sencillo: en fin, era una de aquellas muchachas que vdes. los mexicanos llaman payas.

Las muchas prendas que poseia, y el conocimiento que yo tenia de ellas, me la hacian cada dia mas amable, y por tanto, le procuraba dar gusto en cuanto ella queria.

Entre lo que quiso, fué venir á México para ver lo que le habian contado de esta ciudad, á donde jamás habia venido. No necesitó mas que insinuármelo para que yo dispusiera el traerla. . . . ¡Ojalá y nunca lo hubiera pensado!

Serian como dos mil y trescientos pesos con los que emp

dí mi marcha para esta capital, á donde llegué con mi esposa muy contento, pensando gastar los trescientos pesos en pasearla, y emplear los dos mil en algunas maritatas, volviéndome á mi tierra dentro de un mes, satisfecho de haber dado gusto á mi muger, y con mi capitalito en ser; ¡pero qué errados son los juicios de los hombres! Diversos planes tenia trazados la Providencia para castigar mis excesos y acrisolar el honor de mi consorte.

Posamos en el meson del Angel, y luego, luego mandé llamar al sastre para que le hiciese trages del dia, en cuya operacion, como bien pagado, no se tardó mucho tiempo; porque las manos de los artesanos se mueven á proporcion de la paga que han de recibir.

A los dos dias trajo el sastre los vestidos, que le venian á mi muger como pintados; pues era tan hermosa de cara como gallarda de cuerpo. Fuera de que, aunque era payita, no era de aquellas payas silvestres y criadas entre las vacas y cerdos de los ranchos: era una de las jalapeñas finas y bien educadas, hija de un caballero que fué capitan de una de las compañías del regimiento de Tres Villas; y por aquí conocerá vd. cuán poco tendria que aprender de aquel garbo, ó lo que llaman *aire de taco* las cortesanas.

Efectivamente, luego que comencé á presentarla en los paseos, bailes, coliseo y tertulias, advertí con una necia complacencia que todos celebraban su mérito, y muchos con demasiada expresion. ¡Quién creará que era yo tan abobado que pensaba que no habia ningun riesgo en las adulaciones y lisonjas que la prodigaban? Así era, y yo las correspondia con gratitud; y aun hacia mas en mi daño, que era franquearla en cuantos lugares públicos podia, congratulándome de que festejaran su mérito y envidiaran mi dicha. ¡Necio! Yo ignoraba que la muger hermosa es un alhaja que excita muy vivamente la codicia del hombre, y que el honor en estos casos se aventura

con esponerla con frecuencia á la curiosidad comun; mas. . .

Aquí llegaba la conversacion de mi amigo, quando la interrumpieron unos gritos que decian: *ese nuevo: anda Sancho Perez, anda cucharero: anda hijo de p. . .* Mi amigo me advirtió que sin duda á mí me llamaban. Era así, y yo tuve que dejar pendiente su conversacion.

CAPITULO VI.

Cuenta Periquillo lo que le pasó con el escribano, y D. Antonio continúa contándole su historia.

SUSPENDÍ la conversacion de mi amigo, segun dije, para ir á ver qué me querian. Subí lleno de cólera al ver el tratamiento tan soez que me daba aquel *meco, mulato* ó demonio de griton (que era un preso destinado al efecto de llamar á los demás) que fué el que me condujo á la misma sala ó cuadra donde me asentó el alcaide; pero no me llevó á su mesa, sino á otra, donde estaba un *figuron prietusco* y *regordete*, que por los ojos centellaba el fuego que abrigaba su corazon.

Luego que llegamos allí, me dijo el picaron: éste es el señor secretario que llama á vd. El tal escribano entonces volvió la cara, y echándome una mirada infernal, me dijo: espérate ahí. El griton se fué, y yo me quedé un poco retirado de la mesa, y muy fruncido, esperando que acabara de moler á un pobre indio que tenia delante.

Luego que despachó á este, me llamó, y haciéndome poner la señal de la cruz, me dijo: ¿que si sabia lo que era jurar? Que por ningun caso debia mentir ni quebrantar el juramento: sino decir la verdad en lo que supiere y fuera preguntado, aunque me ahorcaran. ¿Que si juraba hacerlo así? Yo respondí afirmativamente, y él añadió con una gravedad de un va-